

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR  
FUE

Tu  
promesa

SERIE MI ERROR 8

booket

# **Moruená Estríngana**

Mi error fue tu promesa

*Serie Mi error VIII*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Vita Khorzhevskia / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2019

Depósito legal: B. 11.694-2019

ISBN: 978-84-08-21368-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

AIDEN

—No he podido seguir su pista; vuestro abuelo se encargó de que nadie conociera su pasado, solo sabemos su nombre.

Observo los informes incompletos del detective que contratamos para saber más sobre la nieta de mi abuelo. Yo ya sabía su nombre, Katherine, no me ha descubierto nada nuevo. La rabia se apodera de mí. Ella está a punto de venir y no tenemos nada. Es posible que acabe por arruinarnos como hizo su madre y no podamos hacer nada para evitarlo.

—Y de donde vive, ¿nadie sabe nada?

—No, y ella no ha estado viviendo allí desde que le entregamos su copia del testamento.

—¿Y no sabe adónde ha ido?

—No.

Miro a Jack, que está contemplando al detective como si fuera un inútil.

—Podré investigarla mejor una vez que esté aquí... Si usted quiere.

Siempre se me hace raro que personas mucho mayores que yo me hablen de usted. Pero hace años tuve que olvidarme de mi edad y pensar en las responsabilidades que tenía, y eso ha hecho que ahora, a mis veintitrés años, regente las empresas de mi abuelo y la gente me respete por ello.

—De acuerdo. Espero que esta vez sí haga bien su trabajo.

Tocan a la puerta y acto seguido asoma por ella nuestro mayordomo.

—Ya está aquí —me dice al tiempo que irrumpen en la sala el ruido de una moto que se acerca a la casa.

—Hazla pasar. Y usted —digo volviéndome al detective—, será mejor que la próxima vez que lo vea tengo algo más sustancial.

—Lo tendré.

Se marcha. Me acerco a la ventana donde está Jack, que observa a la joven con la que nos tocará convivir a partir de ahora.

La chica baja de la moto y se quita el casco para dejar libre su cabellera castaña con destellos dorados y cobrizos.

—Tiene el mismo color de pelo que su madre —comenta Jack, pues, aunque la vimos poco, sí vino alguna vez, borracha o colocada, a pedirle dinero al abuelo.

Katherine deja el casco en la moto y se vuelve hacia la mansión. Me tenso cuando observo su rostro: es como si regresara al pasado y viera a la hija del abuelo pidiéndole dinero, rogándole que le diera algo para poder seguir drogándose. Al igual que su madre, es muy hermosa, pero, al contrario que ella, no veo los

signos de las drogas demacrando su bello semblante. Katherine tiene una piel aterciopelada y unos labios rojos que no parecen llevar ningún tipo de pintalabios. Sus ojos son grandes; desde aquí no puedo ver de qué color exactamente, pero parecen verdes como los del abuelo y como los de su madre.

—Es igual que ella. Esperemos que no lo sea en más de un sentido.

—Esperemos. No pienso permitir que nos quite lo que tanto esfuerzo nos ha costado conseguir. No lo haré.

Y con esa clara idea de amargarle la existencia si se le ocurre seguir los pasos de su madre, la veo entrar en la mansión y me preparo para nuestra primera batalla.

## KATHERINE

El mayordomo me conduce hasta el despacho, donde me ha informado que me esperan. Sé quién estará tras las puertas y, la verdad, hubiera preferido evitar este encuentro, renunciar al dinero de mi abuelo y continuar con mi vida, pues aunque no es perfecta, es mía. Pero tengo una buena razón para aceptar parte de esa herencia y por eso me encuentro ahora aquí, tratando de que nadie note lo nerviosa que estoy.

El mayordomo toca suavemente a la puerta y desde dentro una voz, dura y masculina, le dice que pase. Abre la puerta y la sujeta amablemente, invitándome a pasar. No lo retraso más y entro con la cabeza bien alta y dejando claro a todo el mundo que esté presente que no voy a amilanarme.

En el primero que me fijo es en Jack, el cantante.

Sabía que él era uno de los hijos adoptivos de mi abuelo, pero no lo había visto en persona hasta ahora. Hace años que sigo su música y algunas de sus canciones las he escuchado más de una vez, pero hoy no está aquí en calidad de cantante y su mirada azul, desafiante, me hace saber que no le agrada mi presencia, como ya me advirtió el abogado.

Desvió la vista y me topo con unos ojos marrones intensos que cortan la respiración. El pelo rubio le cae por la frente enmarcando el rostro más hermoso que he visto en mi vida... o lo sería si no tuviera la sensación de que su dueño desea ahogarme con sus propias manos.

Aparto la mirada y enseguida pienso en mi madre. No puedo culparlos por mirarme de ese modo. El abogado me comentó que mi abuelo cayó en la bancarrota por culpa de mi madre, que le robó para poder pagar sus deudas y sus vicios. Después de aquello, él tuvo que vender gran parte de sus propiedades para sacar de nuevo a flote sus negocios. Y gracias a Aiden y a Jack, las empresas fueron dando sus frutos y a día de hoy han recuperado el esplendor de antaño. No soy tonta, sé que creen que soy como mi madre, y más si la vieron, pues nos parecemos mucho; y aunque yo hace años que lo asumí, aún me molesta llevar grabada en el rostro la cara de alguien que me ha hecho tanto daño. Cada vez que me miro en el espejo me acuerdo de ella.

—Síntese, Katherine, empecemos cuanto antes.  
—El abogado que vino a buscarme me señala una de las sillas.

Miro a los hijos adoptivos de mi abuelo a la espera de que se presenten, pero no lo hacen. «Bien, pues que hagan lo que les dé la gana.»

—No hace falta. ¿Redactó lo que le pedí?

El hombre cabecea en señal de asentimiento y me tiende unos papeles. Los leo y asiento cuando veo que todo está bien explicado y deja claras mis condiciones. Me acerco a la mesa y dejo caer los documentos ante Aiden. Jack los observa de cerca.

—Esto es lo único que quiero.

Aiden y Jack se inclinan sobre ellos y no tardo en notar el gesto contrariado de Aiden. Cuando acaba de leerlos, alza sus ojos fríos hacia mí.

—¿Qué clase de broma es esta?

—No es ninguna broma.

—Señor, yo mismo lo he redactado y es completamente legal.

—¿Renuncias a tu título de baronesa? Llevas la sangre de tu abuelo, podrías mostrarle un poco de respeto aceptándolo...

—Se lo muestro cediéndotelo a ti. Si no lo quieres, cédeselo a tu hermano —le digo mirando con la misma frialdad a Jack—. Él os ha criado como a hijos suyos. Es lo justo, yo no soy ninguna baronesa ni quiero serlo.

—¿Qué esperas?, ¿que así te dejemos vía libre y puedas robar a tu antojo?

—Aiden —lo corta Jack, que siente, al igual que todos, que se ha excedido.

—Piensa lo que quieras. Solo deseo el importe que te pido cada mes. Sobre lo de vivir bajo vuestro mismo techo no puedo hacer nada, pues es uno de los requisitos del abuelo. Pero te aseguro que haré lo posible para no cruzarme contigo.

Aiden me mira retador y Jack pone los papeles delante de mí.

—Es tu dinero, es tu título, no puedes rechazarlo.



Cojo uno de los bolígrafos de la mesa y firmo el documento.

—Es mi dinero y hago con él lo que me dé la real gana; no quiero más que lo que os he pedido. Y, por supuesto, no necesito que me digáis los códigos de las cuentas, solo que me ingreséis el importe cada mes y listo. Tampoco os pido que cubráis mis gastos de comida, ropa, ni nada por el estilo. No podéis obligarme a que acepte el dinero del abuelo y tengo mis razones para rechazarlo.

Le doy el papel a Aiden y este me mira enfurecido. Aunque lo que les propongo es lo mejor para todos, no parece gustarle la idea de no tener que pelear más por lo que tanto esfuerzo les ha costado ganar.

Aiden mira a Jack y este alza los hombros. Aiden pasa el bolígrafo por encima, pero ignoro si firma o no, ya que pone la mano delante y guarda el documento. Que hagan lo que quieran, yo ya he dejado claras mis condiciones. Tras esto, abre un cajón y saca un pergamino.

—No puedes renunciar a tu linaje. Este era el título de tu antepasada y a tu abuelo le hacía ilusión que te lo diéramos, pues es un título destinado a las mujeres de esta familia. A mí ya me cedió su título, este era para ti.

Aiden parece menos amenazador cuando me tiende el título. Tomo el pergamino y lo despliego. En él aparece un título de baronesa. Pienso en mi abuela y sonrío al captar la doble intención.

—El abogado me dijo que mi abuela lo dejó tirado y se marchó también con parte de su dinero, al igual que mi madre. ¿Acaso es una forma de advertirme que haré lo mismo? Pues si es así, puedes metértelo por el culo.

Aiden agranda los ojos, impactado por mi impropio.

Le arrojo el título a la cara, sin importarme haber hecho evidentes mis orígenes barriobajeros, doy media vuelta y me marcho sin decir nada más.

Ya fuera del despacho, le pido al mayordomo que me diga cuál es mi cuarto. Lo sigo intrigada por ver la que será mi habitación a partir de ahora. Siempre he vivido en espacios pequeños y este dormitorio es el doble de grande de lo que eran mis antiguas casas. Me gustaría agradecer esto, pero no puedo, pues me siento una intrusa y sé que no soy bienvenida aquí. Y descubrir después de que falleciera que el hombre simpático y amable que me visitaba de vez en cuando y que siempre hablaba un rato conmigo era mi abuelo me puso muy triste. Al final esperaba su visita con ilusión y me hubiera gustado saber que era de mi familia. Pero el abogado me dijo que temía decírmelo y que saliera huyendo.

Lo echo de menos. Hubiera preferido conocerlo más a él antes que todo este dinero. Siempre me ha faltado el dinero en mi vida, pero aún más el cariño.

Decido dejar de pensar en eso y salgo del cuarto. Ya sé cuál es, así que iré a por mis cosas y a visitar a mi madre. Aunque esto último lo temo más, sobre todo teniendo en cuenta la última vez que nos vimos. Espero que haya recapacitado y confío en estar haciendo lo correcto.

AIDEN

—Deja de dar vueltas arriba y abajo, me estás mareando.

—¿Se puede saber qué se ha creído? ¿Qué espera?, ¿que nos alegremos por ello y la recibamos con los brazos abiertos? Pues va lista. No pienso bajar la guardia.

—No la bajas, pero reconoce que no esperabas que renunciara a casi todo. Y ni se ha dado cuenta de que no te referías a la mujer del abuelo con lo del título. Creo que estaba decidida a plantarnos batalla.

Observo a Jack sonreír y me pregunto de qué lado está; parece que le ha hecho gracia la actitud de Katherine. Aún puedo ver sus ojos verdes mirándome con furia. En ese momento no vi rastro alguno de su madre, pues esta, cuando venía, parecía una buena mujer, y luego le robaba al abuelo. Pero Katherine tiene fuego en la mirada y he sentido que sería capaz de luchar al nivel que yo impusiera. Y aunque me ha impresionado, cosa que me ha molestado, no pienso bajar la guardia con ella y que luego debamos lamentarnos.

Oímos el ruido de un motor y al asomarnos por la ventana vemos a Katherine alejarse con su destartalada moto.

—Me pregunto si esa moto ha pasado los controles reglamentarios.

—Ahora, con lo que le demos cada mes, podrá comprarse otra, no es nuestro problema —comento, pero, mientras lo hago, pienso en lo poco segura que parece.

Odio preocuparme por los demás, no puedo evitar esta empatía que me hace tratar de ver el lado bueno de las personas, pero esta vez no pienso dejar que mi benevolencia me haga parecer tonto.

—No sabía que el abogado la había puesto al tanto de todo, incluso de lo de la esposa del abuelo. De todas formas, intuyo que ignora lo que tuvo que pasar su an-

tepasada para conseguir ese título siendo mujer. Me temo que el abogado no le ha contado toda su historia familiar.

—Hablaré con ella cuando regrese, soy el más diplomático de los dos —decide Jack cogiendo el título.

—Sabes que eso no es cierto.

Jack me sonrío.

—No, pero en este caso parece que sí.

—Es mejor tenerla vigilada. Y tenerte vigilado. Con las chicas guapas pierdes el norte.

—No con una que puede arruinarme —bromea Jack.

Son cerca de las doce cuando el ruido de una moto me hace levantarme y mirar por la ventana. Katherine deja su moto aparcada fuera y me sorprende cuando, en vez de llamar al portero, lanza sus cosas por encima de la verja y la salta con facilidad.

Salgo hacia la puerta y la abro antes de que toque al timbre. La veo buscando algo debajo de uno de los maceteros que flanquean la puerta.

—¿Se puede saber qué haces?

Katherine da un respingo y me mira enfadada.

—Buscar la llave. No pensarás que a estas horas iba a llamar al timbre.

Coge sus cosas y pasa dentro.

—¿Y no se te ocurrió pedir las llaves?

Niega con la cabeza.

—Lo haré mañana. Ahora, si no tienes más que decirme, me gustaría irme a dormir. Me levanto muy temprano.

Katherine no espera a que le diga nada y sube la

escalera cargando una pequeña mochila. Qué joven más rara. Inquieto, voy hacia el despacho y continúo con lo que estaba haciendo, pero mi mente recrea, una vez más, su facilidad para entrar en la propiedad y me pregunto si esta no será la primera vez que se cuele en casa de alguien.

Tendré que reforzar la seguridad y vigilarla más de cerca. No pienso dejar que siga los pasos de su madre.

## KATHERINE

Termino de servir unas mesas y miro el reloj. Solo me queda media hora de trabajo. Pasa despacio, como siempre me sucede, y más cuando pienso que ahora debo irme a mi otro trabajo. Pero necesito el dinero para pagarme los materiales de la carrera. He de aprovechar estos meses de verano.

Llevo dos semanas viviendo en mi nueva casa, pero casi no piso por allí. Debido a mi trabajo, me marcho temprano y regreso muy tarde. Conocí a la cocinera y al jardinero, Natty y Javier, unas personas encantadoras; son matrimonio y sentí su calidez enseguida. Todas las mañanas, antes de irme, Natty me tiene preparado el desayuno y, aunque me negué al principio, al final me he acostumbrado a comer algo antes de salir. Siempre se queja de lo delgada que estoy, pero yo hago oídos sordos; hace tiempo que dejé de prestar atención a mi aspecto. Por las noches, cuando llego, encuentro sobre mi mesa de escritorio algo de cena. Natty es una buena mujer. Por ahora, ella y su marido son lo único bueno que he sacado de todo esto. A Jack y a Aiden no los he visto desde el día de mi llegada y eso me alegra, pues no

me siento cómoda en su presencia, sobre todo con Aiden. Me altera mucho tenerlo cerca.

Cuando termino mi turno, como algo ligero y me voy a mi otro trabajo sirviendo copas en un pub. No me gusta mucho la zona ni la gente que entra en él, pero pagan muy bien y dentro de poco debo pagar la matrícula en la universidad, así que no puedo tener escrúpulos de ese tipo. Además, hace años aprendí a defenderme; no me quedó otra, viviendo rodeada de los amigos de mi madre.

Lo peor de todo es lo lejos que me pilla de mi nuevo hogar. No me gusta mucho conducir de noche con mi moto. No tardé en notar que alguien había reparado varias piezas y cambiado otras. Y la verdad es que le hacía falta. Como supuse que había sido Javier, se lo agradecí; al principio se quedó sorprendido, luego dijo que no había nada que agradecerle. Por un momento sentí que él no había sido el encargado de las reparaciones.

Llevo un rato sirviendo copas en la barra cuando veo a alguien a quien preferiría no conocer. Se trata de Alfred, un joven que viene con el único propósito de incordiar me y decirme groserías. Una de las veces me siguió hasta mi moto y tuve que defenderme de sus insinuaciones usando la fuerza. Como siempre, lo ignoro durante toda la noche, y cada vez que me pide algo se lo sirvo sin siquiera mirarlo a la cara.

Una vez que concluyo mi jornada, salgo del local y voy hacia la moto. Entonces oigo unos pasos tras de mí. Me vuelvo preparada para defenderme y evitar que Alfred me agarre o me toque, pues supongo que es él, y, cuando me giro y veo su sonrisa de borracho, confirmo mis sospechas.

—Ni se te ocurra tocarme.

—Vamos, Katt, lo estás deseando, veo en tus ojos que me desees.

—Ni muerta. —Cojo el casco de la moto al tiempo que me intenta atrapar y lo golpeo con él—. No me toques.

—Vamos, Katt..., lo disfrutarás.

Busco en mi bolso el spray de pimienta y lo apunto con él.

—O te alejas, o te vuelvo a condimentar la cara.

Me sonrío y finalmente se aleja, pues ya ha comprobado más de una vez en sus propias carnes que no voy de farol.

Cuando se aleja, me subo en la moto y trato de tranquilizarme. Odio esto. Si no necesitara el dinero, pediría el finiquito mañana mismo. Aun así, la idea de aceptar mi herencia no se me pasa por la cabeza. He cuidado toda la vida de mí misma y no pienso dejar de hacerlo ahora, y menos por aceptar algo que no me merezco.